



M. T. Podestá

Inservible

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. T. Podestá

Inservible

Estirado como un muerto, y sobresaliendo las canillas flacas y contusas de la angarilla, llevada por dos almas piadosas, que se entretenían, en el trayecto, en imprimirle movimientos de vaivén, para reírse maliciosamente cuando el pobre hombre estaba a punto de darse un tumbo.

Así iba en la vía crucis de la execración pública el desventurado *hombre de los imanes*. Detrás de él, los agentes del orden público, tiesos, adustos, convencidos de su alta misión, y haciendo apartar a los curiosos con cierto encono impertinente, correspondido con murmuraciones sordas y sátiras callejeras, que interceptaban el eco de un silbido capaz de sublevar su sangre fría y su paciencia.

Era una procesión grotesca, que hacía distraer a los transeúntes, parar los vehículos y agrandar la bola de nieve de las mentiras, inventadas al paladar de cada uno, sobre la causa y el estado del desdichado que iba en la angarilla.

Algunos manifestantes, más amigos de ver el desenlace del triste acontecimiento, que de seguir gritando vivas y mueras por cuenta ajena, habían seguido también la angarilla.

Iban por grupos, alegres, alborotados, prolongando su entusiasmo con libaciones, que hacían a hurtadillas, escondiendo debajo del saco el cuerpo del delito.

Entre ellos, algunos taimados, recelosos, esquivando ciertos ojos que bien sabían que desprendían miradas que penetraban por las rendijas de sus pasadas aventuras, y que la puerta de la comisaría era una boca hambrienta que los atraía con el vértigo del abismo.

Se mantenían a una prudente distancia, echando sobre los ojos el ala del sombrero y haciendo del cuello del saco un tubo, por donde sacaban de vez en cuando la cabeza, como tortugas.

La angarilla hizo alto en la puerta de una comisaría; los guardianes se hicieron una venia ceremoniosa, y el que dirigía la marcha, dio la voz de entrada, rígido y adusto, como un general que manda asaltar un fuerte.

En la confusión, pocos advirtieron que algunos de los grupos fueron atrapados y conducidos al interior por agentes disfrazados que andaban en la semioscuridad de la calle confrontando caras y buscando en los rasgos fisonómicos la imagen viva de los retratos que tenían en los bolsillos, o de las señas que habían recibido.

.....
Si al lector no le molesto, podemos entrar y tratar después del *ben chi vi trovai...*

La angarilla había hecho alto en medio del patio.

El epiléptico seguía inmóvil; sólo de vez en cuando sacudía de golpe su cuerpo en una contracción convulsiva, como si recibiese un choque violento.

Su fisonomía había perdido la expresión de estupor; por el contrario, sus músculos, que habían entrado en calma después del trabajo que habían soportado, estaban ahora plácidos, relajados, y le daban una expresión de calma y de bienestar.

Dejaba oír un ronquido gutural que le hacía semejar al estertor de los moribundos.

Sus párpados parecían velar piadosamente sus miradas, para evitarle la penosa sorpresa del recinto en que iba a encontrarse.

El resto de su cuerpo, magullado y mal cubierto por jirones de ropa, daba la medida de la categoría social del sujeto.

Largo rato estuvo así, estirado en el patio, visitado, sucesivamente, por el personal de la casa, y sirviendo a los comentarios de los del bajo servicio que de tiempo en tiempo venían a darle una sacudida, para hacerle despertar, en medio de risas comprimidas y de motes poco honestos.

La entrada de nuevos huéspedes, les hizo distraer de su entretenimiento; habían recibido la orden de dejarlo en el patio, para que le diera el aire, a fin de que se le pasara el mal trago; empujaron la angarilla hacia el ángulo del fondo, y al hacerlo, cayó el famoso sombrero de copa, y, como si estuviese animado por el instinto del estado en que estaba su dueño, se fue rodando hacia él; un pie tosco, grosero, se le puso encima, y en un golpe violento lo hizo sonar como un globo de goma reventado; después de éste, otro y otro, hasta que en el último fue a rodar al medio de la calle, donde quedó desorientado, para siempre, de la cabeza que por tanto tiempo había protegido del sol y de la intemperie.

.....
Nuestro amigo había abierto los ojos, sin darse cuenta, en el primer instante, de lo que le había pasado.

Se encontraba tendido sobre un lecho duro, rodeado de paredes desconocidas, y teniendo por techo un cielo bellissimo, salpicado de estrellas, que parecían próximas a caer sobre su cabeza, como gotas brillantes.

Quiso incorporarse, pero le faltaron las fuerzas, se sintió dolorido, especialmente en la nuca y en las piernas, donde tenía dolores, que por momentos le hacían contorcer.

-¿Qué será?-dijo para sí. -¿Estaré soñando?

Se restregó los ojos, y entonces pudo ver perfectamente el sitio en que se encontraba.

-¡En una comisaría!, -exclamó.

Poco a poco se fueron dando la mano sus recuerdos, hasta constituir una cadena que giraba en su cerebro como una rueda. El Comité, los discursos, la bandera, sus impresiones, su amigo, la salida a la calle, el estrépito de las músicas, su entusiasmo, y después... nada: el vacío, y ahora la comisaría... los agentes que pasaban a su lado con aire de mofa; otros, marchando con paso acompasado, en la penumbra del patio, y luego grandes manchones de sombras movedizas que se dibujaban de improviso en la pared alta y blanqueada que tenía por delante.

Figuras humanas reflejadas grotescamente como en el bastidor de la linterna mágica.

Un vigilante que salía de recibir órdenes, empezó a proyectarse en su forma natural; poco a poco, se fue agrandando, a medida que avanzaba, hasta tomar proporciones colosales.

Se entretenía en mirar estos contornos gigantescos, en la variedad curiosa con que los presentaban los distintos reflejos de luz, cuando vio entrar rumorosamente un grupo de agentes conduciendo a un infeliz, que pataleaba como un poseído.

Los vigilantes le servían de muletas, él había dejado caer completamente su cuerpo, como un paralítico; arrastraba sus piernas, a las que imprimía, de trecho en trecho, movimientos nerviosos y violentos, a tiempo que lanzaba blasfemias de un repertorio desconocido.

Sus ropas viejas, harapientas, que apenas lo cubrían, estaban manchadas de lodo seco, y en su semblante, joven aun, podían verse ramificaciones de colorete, que se difundían por sus mejillas como en un acceso de rubor inconsciente.

Luchaba con tenacidad por desasirse de sus conductores, pero éstos, que revelaban pericia y

garras fuertes, no tenían que hacer esfuerzo para detener sus pretensiones.

Un tirón estudiado, convencional, le hizo entrar bruscamente en la sala de la audiencia.

La pared, que iba reflejando en su variedad continua todas las formas plásticas del grupo, dibujó la última, grande, inmensa...

El ebrio había tomado las proporciones de un animal gigante; si alguien se hubiese tomado el trabajo de ir dibujando los lineamientos, habría podido sacar una figura grotesca, original, pues, a merced de los reflejos de luz y de las sombras, se había empastado una mole que había perdido por completo los contornos humanos.

Un animal extraño, con una cabeza deforme, orejuda, cubierta de pelos largos, tiesos en la frente, enmarañados y abundantes en la nuca; una nariz larga, gruesa, completando un hocico repugnante, del que pendía un labio hinchado, redondo, apoyado sobre el colchón de pelos rígidos que presentaba la barba, como un repliegue de cuero colgante.

Los brazos, caídos, terminaban en dos manos de oso; el lomo y las piernas formaban un todo que hizo sonreír al *hombre de los imanes*.

-¡Qué particular! -se dijo, al ver esa sombra -cualquiera diría que se trata de una bestia y no de un ser humano.

Por una extraña coincidencia, el espadón del vigilante, que en ese momento era desenvainado, probablemente para mostrar al superior que estaba virgen de la calumnia que se le imputaba, vino a aparecer adherido al dorso del ebrio, figurando una cola, como nunca animal alguno la exhibiera.

La sombra presentaba todas las facetas del movimiento, hasta que desapareció de golpe, para dejar en su reemplazo una figura esbelta, elegante, tiesa, delante de la mesa de escritorio.

Esta nueva sombra alzaba rápidamente los brazos, haciendo ademanes nerviosos, a tiempo que decía: soy inocente, soy una víctima, un caballero... en las sombras, podría agregarse.

Después de ésta, otra y otra; cada una con las proporciones acrecentadas y deformes, según los sujetos que iban ingresando en el recinto.

Este entretenimiento inocente le hacía distraer de reflexiones amargas y de cavilaciones, en las que su espíritu no podía anudar bien los hilos de su situación presente y de sus aventuras políticas.

-¿Por qué estaré aquí? -se dijo de pronto.

-¿Y la manifestación?

-¿Si habré cometido algún daño, del que soy responsable; sin saberlo?

El amor propio de su pequeño valimiento, habiendo figurado como un factor de cierta importancia en la manifestación, le hacía pensar modestamente que tal vez se hubiese comprometido, llevando sus ideas y sus actos más allá de lo conveniente y de lo pactado con su amigo; luego, añadió, saboreando una ráfaga de orgullo que ocultaba en lo más íntimo: -¡tal vez soy víctima de alguna confabulación!

El papel de víctima era para él un ideal.

Cerró de nuevo los párpados y empezó a creer que eran sus enemigos los que habían disuelto la manifestación, y que tal vez a su compañero le habría tocado peor suerte.

Al fin, él estaba estirado en una angarilla, protegido por el Cielo, y aunque olvidado en un rincón del patio, ya le llegaría su turno para ser interrogado y juzgado como convenía a su posición y a sus compromisos.

Pero aquí, *piú che il dolor pote il digiuno* y empezó a sentir las ansias de su estómago, que desde por la mañana no había sentido el roce de un mendrugo.

Sus dolores se habían calmado, pero cada vez que pretendía levantar la cabeza, sentía que su cerebro pesaba como si fuese de plomo, y que no podía fijar sus ideas con la lucidez de

otros momentos.

Se hallaba abstraído por estas observaciones autopsicológicas, cuando sintió que una mano le agarraba con fuerza un brazo, y lo sacudía violentamente. Una exclamación de sorpresa, de disgusto, de dolor, contestó al torpe llamamiento del guardián. -Levántese -le dijo, con voz imperativa.

-¿Levantarme?... no me es posible; es preciso que usted me ayude...-Otra sacudida más violenta que la primera, le hizo llegar al borde de la angarilla... Miró esta vez al vigilante con ojos de reproche, e increpándole su conducta, le suplicó que no le hiciese daño.

Este, que no tenía en su masa cerebral un pequeño grupo de células que elaborasen la compasión o sentimientos congéneres, se limitó a llamar en su auxilio a un colega, y entre los dos pusieron de pie, y sin miramientos, a la pobre economía del infeliz.

Estando en esta posición, le dio un vahído, y hubiese caído desplomado, si los dos hombres que se empeñaban en hacerle caminar, no intervienen a tiempo para sujetarlo.

-¡Qué delicado! -dijo uno de ellos con sorna, acostumbrado a tramitar esa mercancía de ebrios y vagabundos, sin el menor escrúpulo, tanto de su parte para tironearlos, cuanto de los otros para oponer una resistencia de bestia que lucha y patatea para quitarse el dogal.

-¡Bah! -pensó el otro, -a éstos no hay que mirarlos con lástima... ¡dan un trabajo!... es menester estar detrás de ellos como de criaturas.. si yo fuese gobierno haría echar al río todas las pipas y botellas de bebida, para que nadie pudiese tomar.

-Yo haría cortar todas las parras -añadió con énfasis su camarada, para presentarse más radical.

Dos miembros entusiastas de la sociedad de temperancia no habrían discurrido con más convicción ni con más aplomo.

El *hombre de los imanes*, estaba sentado en la angarilla, con el cuerpo caído hacia adelante sus brazos largos, flacos, colgando, como si estuviesen desarticulados, la barba apoyada contra el esternón, saliente del pecho como una tablilla de fracturado.

Los vigilantes le imprimieron una nueva sacudida, y de pronto, como si le hubiesen dado un tirón al nervio más sensible, dio un salto tan brusco hacia atrás, que hizo espantar a sus dos perseguidores.

Repuestos de su sorpresa, quisieron nuevamente atraparlo, pero, su actitud hostil, su mirada hosca y brillante, su ademán amenazador, les hizo comprender que se ponía a la defensiva, dispuesto a disputarles los últimos jirones de su ropa, que estaban ahora como erizados sobre su cuerpo de esqueleto.

En esa actitud plástica, cerrando los puños crispados y levantados sobre su cabeza, sus largas piernas abiertas como un trípode, envuelto en las sombras del patio, tenía un aspecto siniestro; era un animal desconfiado, erguido sobre sus garras, que se ponía a la defensiva.

Los dos asaltantes procuraban disuadirlo, empleando ahora toda la miel de su lógica autoritaria, y tirándole, de vez en cuando, un zarpazo para asirlo y conducirlo a la presencia del superior.

Querían evitar la camorra ruidosa; peleaban en silencio; él, en un rincón, defendiéndose de todas maneras: ellos, sin conseguir más ventaja que la de arrancarle un resto de la manga o un pedazo de solapa, para jugar, como cachorros, con los trofeos conquistados.

Sus contendientes eran dos muchachos de pómulos salientes, de un cuarto de sangre, con el rostro aceitunado, la mirada movediza, y con la expresión traicionera del gato montés.

Estaban allí de vigilantes, como podían estar de cualquier otra cosa; tenían ambición por el mando, por el sable, por los botones plateados y por ostentar entre sus camaradas su autoridad y su persona.

Al fin, una aspiración modesta, que los emancipaba a ellos mismos de caer en las redes de esa autoridad que estaban representando, y aunque su mejor empeño era siempre en el barril, solían dar lastimosamente en el suncho.

Su posición, su jerarquía, la gravedad que les imponía el puesto, no podían borrar del todo sus instintos y sus tendencias. Acostumbrados a tratarse así entre ellos, a estar horas enteras haciendo gimnasia de manoteos y pugilatos que suelen acabar con heridas y contusiones, la habían emprendido con el epiléptico, sin la menor idea de hacerle daño, pues, de paso que lo conducían al interrogatorio, estimulaban su terquedad y su enojo con un poca de camorra bien inocente, según su manera de entender.

En uno de los ataques, la mano dura, áspera y sudorosa del más musculoso, le cayó como una piedra sobre el hombro, y de allí, en un quite suave, meditado, le pasó por la cara, rozándole con la yema de los dedos en una caricia felina y afrentosa. Un grito de despecho, de humillación, que estalla en una protesta de ira y amenaza, puso fin a la escena; los dos muchachones se intimidaron, y para evitar que el jefe o empleado superior interviniese, castigando su grosero entretenimiento, empezaron ellos mismos a apostrofarlo con voz acentuada, y hacerle marchar ya, sin miramientos, al interior de la oficina.

-¿Quién es éste? -dijo el empleado, que estaba sentado como un juez delante de su escritorio y que acababa de dar el último ronquido a la bombilla de platina de un mate enmelado y reluciente.

-Ha promovido un gran desorden en la manifestación -exclamó el vigilante más embustero, como queriendo humillar la altivez con que se había presentado el reo a la presencia del juez improvisado. Este, a quien la figura extraña y el estado deplorable en que se encontraba el *hombre de los imanes* había llamado la atención, a punto de interrogar con la mirada al vigilante, como temiendo que le hubiesen tironeado demasiado y tuviese que reprender al agente con severidad. -¡Ah! es que le da el mal, señor; por eso está así -replicó con énfasis el aludido, comprendiendo el interrogatorio mudo pero elocuente de su superior.

-No ha de ser bueno él cuando se halla tan roto -pensó el que hacía las veces de comisario, y tenía empeño en hacerse pasar por tal cuando le caía en las manos alguno de esos honestos a quienes la autoridad tiene entre ojos.

Largo rato estuvo observando al reo; cualquiera al verlo hubiera creído que estaba absorbido en su filiación; lejos de eso, estaba arrollando entre sus manos un cigarrillo, duro, empedernido, con el tabaco enredado como una melena de preso y deseando que las horas pasaran con rapidez, no para ir en busca de algún hilo misterioso que llevara la luz a la justicia, o de algún delincuente que anduviese merodeando por los contornos, sino para ir como un don Juan de ínfima clase a hacer una conquista en los suburbios.

Cuando el cigarro estuvo hecho, redondeado; cuando pasó por el labio inferior el canto del papel para arrollarlo mejor y pegarlo como un sobre; cuando hubo doblado con la uña dura y encanutada del pulgar derecho una de sus extremidades, el vigilante, que seguía sus movimientos, raspó un fósforo sacaojos, y con la urbanidad más criolla, se lo alcanzó, para que su señoría encendiese el puro y pudiese darse así los aires de dueño y señor de la oficina.

Después que hubo aspirado con fruición algunas bocanadas de humo, apoyó el codo derecho sobre el escritorio, teniendo el cigarro entre el índice y el medio, a la altura de sus labios, mientras lanzaba por los conductos nasales dos hebras divergentes de humo espeso y se rascaba con la otra la apófisis mastoide, prominente y cubierta de pelo.

En esta actitud, miró un instante al preso, y luego, echando su cuerpo para atrás, hizo llegar

su rodilla huesuda hasta el borde del escritorio, a tiempo que decía: -¿Cómo se llama usted?
-Yo -dijo el presunto reo, con voz débil, aplicándose su mano derecha abierta y tiesa sobre el pecho.

-¿Quién ha de ser, sino usted?

Este miró a su vez al seudocomisario con una sonrisa que hubiese sido compasiva, si el mismo que la dibujaba no hubiese inspirado lástima.

Harto, aburrido, enconado, hambriento, con la desesperación que todavía atormentaba su espíritu, poco le importaba ya de lo que pudiese acontecerle, de su situación, de la comisaría, del castigo que le impusiesen, y aunque le hubiesen tirado al pozo como a un perro muerto, no habría opuesto resistencia.

Corrían por su cerebro las impresiones como si se disputasen el sitio de la atención; ninguna conseguía fijarse en ese negativo incansable para estimularlo a la vida real, al acto presente, a lo que le estaba pasando.

Había momentos en que tenía alucinaciones que lo atormentaban, poniéndolo en una situación difícil.

Tenía por delante un pillastre que había caído en la remanga; uno de los que hacen la gira por las comisarías para ser presentado; filiado y reconocido por los agentes, a fin de que lo dejen nadar en río revuelto.

Al mirarlo fijamente, se le pintaba con dos cabezas; una grande, redonda, maciza, cubierta de pelo duro y cortado en cerquillo sobre la frente chata y deprimida: ojitos de topo, brillantes, movedizos, labios finos, con comisuras plegadas en una sonrisa taimada y burlona.

La otra, una cabecita pequeña, de feto macerado, con tintes lívidos, párpados semicaídos y una contracción en los músculos del rostro, que le hacía asemejar a un pequeño Mefistófeles, agarrado con tenazas.

Le parecía oír los gritos agudos, chillones, y le veía en las contorsiones de dolor, ocasionadas por el hierro que lo comprimía.

-¡Qué impresión extraña!-pensó, y fijando más su atención, procuraba encuadrar en sus lineamientos reales, despejando los contornos ilusorios, para hacer entrar uno por uno en su quicio, los rasgos del delincuente, teniendo de nuevo por delante la fisonomía astuta, vulgar y desalineada que había recuperado sus facciones.

Estas impresiones eran tan rápidas y tenían para él tanta influencia, que forzosamente hacía llamar la atención con sus movimientos, con sus sorpresas, con sus monosílabos, cuando perdía de vista los objetos reales para engolfarse en la contemplación de las imágenes que le creaba su delirio.

Después de la transformación del ratero, le tocó el turno al escribiente, y en seguida al vigilante que estaba de ordenanza.

Era un lindo tipo criollo, cuadrado militarmente en un ángulo de la pieza; alto, esbelto, de pecho saliente, de tez bronceada, musculoso, y revelando, a pesar de sus años, la elasticidad de un cuerpo ágil y aguerrido.

Sus facciones acentuadas daban a su fisonomía una expresión marcada de virilidad bondadosa, y en su mirada tranquila y su acento reposado, se advertía al instante al hombre paciente, sumiso, pero de propósitos firmes.

Era una cara simpática, con su barba entrecana, recortada prolijamente alrededor de las mejillas, cejas espesas, bien delineadas, unidas en la raíz de la nariz por un pliegue acentuado.

La autoridad, representada por hombres así, no despertaría las resistencias que en algunas

circunstancias levantan sin quererlo y sin sospecharlo, esas figuras adustas y antipáticas de hombres de escala y de raza inferior.

Había cruzado sus brazos sobre el pecho, dejando, sin embargo, por un legítimo sentimiento de vanidad, que se exhibiera plenamente una medalla de cobre suspendida de una cinta con los colores de la patria, un modesto premio a su abnegación y a su valor. Este hombre estaba allí, mudo, inmóvil, incansable, acostumbrado a esa tarea, sin pestañear, sin dar señal de fastidio, obediente a la consigna y satisfecho de merecer esa confianza.

.....
Esperaba el escribiente la respuesta, cuando penetraron en la pieza dos agentes, conduciendo, maniatado con la cadenilla, a un nuevo personaje, que tenía la inocente tendencia de apropiarse lo ajeno, contra la voluntad de su dueño.

Era un mocetón lampiño, con la cabellera abundante y alborotada; había para proveer de pelo a media docena de calvos.

Pómulos angulosos, como sirviendo de punto de apoyo a una mandíbula cuadrada, gruesa, con un borde como una quilla.

El resto hacía *pendant* a estos rasgos, que un antropologista habría completado con dos orejas en ansa y dos pares de caninos afilados como flechas.

La peculiaridad de este sujeto, estaba, sin embargo, en los ojos: parecía que la mirada se dividía en dos; la primera natural, indiferente, una mirada como otra cualquiera; debajo de esa relampagueaba la segunda, corta, rápida, desconfiada, hipócrita, escudriñadora.

La primera era la mirada ordinaria, la que le servía diariamente para dar a su fisonomía la expresión de un ente inofensivo; la segunda pintaba al delincuente, y echaba mano de ella en los momentos íntimos, cuando creía no ser observado, y cuando emprendía, poniéndola a la vanguardia, el plan de campaña que había meditado.

Para mentir, para ocultar su pensamiento, para tomar los aires de santulón indefenso, se valía de la primera; para ver en la oscuridad, para taladrar una cerradura, para dirigir una amenaza, de la segunda, que absorbía entonces todo el juego y la expresión de su pupila. Era su mirada de guerra, su escudo, su arma, su caudal; cuando se mezclaban las dos, su fisonomía tomaba un aspecto extraño, diabólico.

Mientras el escribiente bosquejaba con gran ruido de pluma y jeroglíficos en las letras mayúsculas, las primeras anotaciones del sumario, él magullaba entre dientes una protesta, ocultando todo lo más posible su segunda mirada rebelde de culpable.

A una señal convenida, cuatro manos empezaron a sondear los bolsillos y los repliegues de sus ropas, y el cuerpo del delito que salió a relucir, no calmaba sus protestas, pero su mirada se encargaba nuevamente de desmentirlo.

Entretanto, el *hombre de los imanes* se había ido arrinconando; miraba fijamente al vigilante impassible, y le parecía que lo amenazaba; había perdido la noción de la distancia y se figuraba que lo tenía a un palmo de la nariz, empuñando el arma filosa para ultimarlo.

Retrocedió algunos pasos, y enredándose en una silla, fue a caer a poca distancia de la puerta, dando gritos, y presa, nuevamente, de un ataque convulsivo.

En la confusión que produjo al caer, el de las miradas dobles había emprendido una retirada decorosa hacia la puerta, pero, en la mitad del camino, sintió una mano como una ganzúa que le asía de la nuca; dio vuelta, y tomando la más plácida expresión de mansedumbre, dijo suavemente: creía que estaba en libertad.

En ese instante entraba un agente con un envoltorio debajo del brazo; dentro de los trapos arrollados se movía algo que no podía distinguirse, pero los gritos y el llanto peculiar,

pusieron de manifiesta que se trataba de una criatura.
Un niño recién nacido, aterido de frío, que el vigilante había encontrado en la calle,
abandonado como un gatito, en el hueco de una puerta.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el
siguiente [enlace](#).

